

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Transilvania

LA política que pretende imponer el dictador Ceaucescu en Transilvania no sólo atenta contra los más elementales derechos de la persona, sino que es también un agravio al patrimonio cultural y social de la humanidad. La decisión de destruir centenares de pueblos habitados por la minoría húngara —más de dos millones de habitantes en casi la mitad del territorio transilvano— no tiene justificación posible, y ha sido condenada unánimemente por todos los países civilizados del mundo.

Es un puro disparate decir que esos pueblos ocupan parte de la mejor tierra cultivable de la región, que derruyéndolos se recuperaría mucho terreno fértil y que la minoría húngara que habita actualmente esos pueblos viviría mejor en nuevos asentamientos, agrupados en ciudades de nueva planta, con más comodidades, y que allí podrían dedicarse a realizar trabajos más rentables, racionales y más atractivos. Detrás de toda esa fraseología está el deseo de dispersar primero y asimilar después a la minoría húngara dentro del Estado rumano.

Los problemas de las naciones sin Estado se han vuelto a agudizar en las últimas décadas, y no sólo en el llamado mundo libre. Kosovo, en Yugoslavia, y los Páises Bálticos, Armenia y Georgia, en la URSS, están en las primeras páginas de toda la Prensa mundial. Pero el problema más grave está en la actitud tomada por el Gobierno de Bucarest contra la minoría húngara.

Transilvania, el «país de más allá del bosque», es una región bellísima que ha sufrido todo tipo de invasiones a lo largo de la historia. Está situada en el interior del gran arco que forman los Montes Cárpatos, y presenta una topografía en la que se alternan las colinas boscosas y de pasto, muy apropiadas para la ganadería, con las mesetas bajas, muy fértiles y apropiadas para el cultivo de los cereales, los frutales y

la vid, que produce el mejor vino de la Europa del Este.

Habitada desde antes de nuestra era por los dacios, fue conquistada y sometida tardíamente por Roma. Cuando el Imperio decayó, a fines del siglo III, la región fue ocupada, sucesivamente, por los godos, los hunos, los gépidas, los ávaros, los eslavos y los sajones de habla alemana. Los ávaros son los que acabaron imponiéndose, pero al decaer su fuerza, los húngaros, entre los siglos IX y XI, se fueron asentando en Transilvania.

Esteban I, rey de Hungría, dividió la región en siete *comitados*, bajo la autoridad de un *voivoda*. Una posterior invasión turca propició la formación del Principado de Transilvania, que abarcaba toda la región y gran parte de Hungría, principado que estaba sometido al control otomano. Los antepasados de los rumanos, llamados *valacos*, no llegaron a Transilvania hasta el siglo XIII, y lo hicieron como pastores principalmente, ocupando las zonas montañosas y los prados altos.

Pero, para mala suerte de los húngaros de Transilvania, a fines del XIX comenzó a despertar la conciencia nacional rumana: un pequeño reino rumano existía ya al sur de los Cárpatos. Mas después de la primera guerra mundial, y por estar Hungría en el bando de los perdedores, es decir junto a Alemania y Austria, Rumania se anexionó Transilvania; esta situación no varió con la segunda guerra mundial, y todos los húngaros de la región pasaron a ser súbditos rumanos.

Históricamente, y pese a convivir rumanos y húngaros en Transilvania durante muchos siglos, nunca hubo enfrentamientos graves entre ambas comunidades; es la actual política de asimilación de los húngaros que intenta llevar a cabo Ceaucescu la que ha llevado la discordia a la región. El actual Drácula es, para los transilvanos, el presidente vitalicio de Rumania.

J. A. Goytisolo es poeta.